

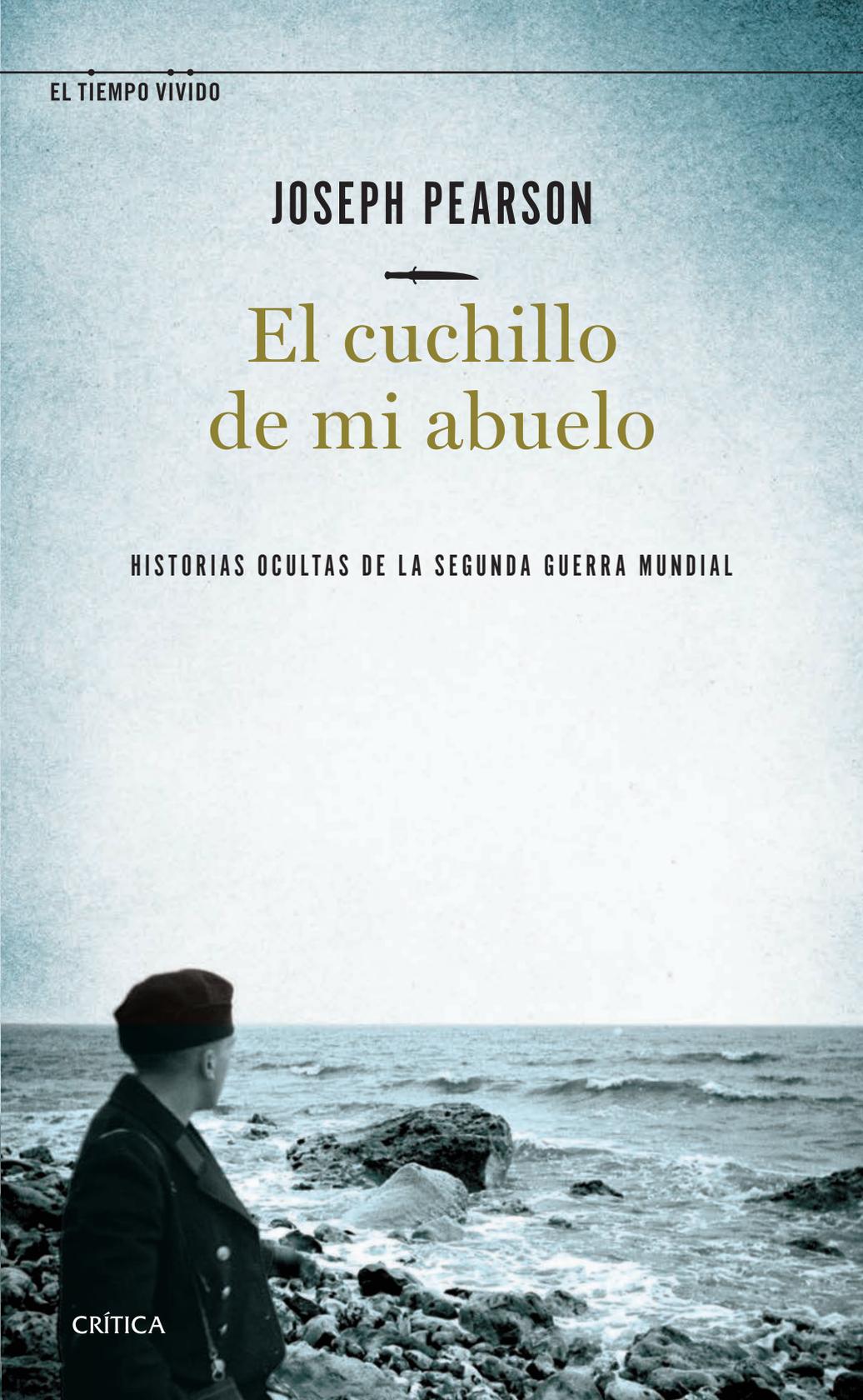
EL TIEMPO VIVIDO

JOSEPH PEARSON



# El cuchillo de mi abuelo

HISTORIAS OCULTAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



CRÍTICA

JOSEPH PEARSON



# El cuchillo de mi abuelo

Historias ocultas de la segunda  
guerra mundial

Traducción castellana de  
Luis Noriega

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2022

*El cuchillo de mi abuelo. Historias ocultas de la segunda guerra mundial*  
Joseph Pearson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *My Grandfather's Knife. And Other Stories of War and Belongings*

© Joseph Pearson, 2022

© de la traducción, Luis Noriega, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-456-5  
Depósito legal: B. 13.974-2022  
2022. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.



## El cuchillo de mi abuelo



### EL CUCHILLO

Mi abuelo tenía un cuchillo con una esvástica en la pared del sótano. Cuando yo era pequeño, me llevó abajo para mostrármelo, y el cuchillo me asustó. Colgaba frío de un gancho, rodeado de otras armas que el veterano de guerra había coleccionado o heredado a lo largo de los años. Ahí estaban, por ejemplo, la fusta y el sable de mi tatarabuelo, que había sido coronel en la guerra de los bóeres. El sable del coronel estaba teñido de sentimientos positivos: el material era brillante, reluciente y plateado, y yo había leído suficientes cuentos de hadas para querer tener un sable como aquel.

Con el cuchillo, en cambio, las cosas eran muy distintas. Incluso a los seis o siete años, yo sabía que debía desconfiar de ese cuchillo guardado en su funda. Por aquel entonces era incapaz de encontrar las palabras con las que

14 describir su negatividad, y en realidad sigo sin tenerlas. ¿Era por aquella cabeza de águila plateada, decorada con plumas talladas? ¿Por la capa de hueso, tal vez humano, insertada en la elaborada empuñadura, con su grabado de laureles? ¿O tal vez por la vaina de cuero desgastado con la que la feroz hoja había en otro tiempo rozado la pernera de quién sabe qué pantalón?

Cuando mi abuelo descolgó el cuchillo de la pared y lo desenvainó, el arma hizo un ruido que denotaba eficacia: un suave deslizamiento y un «clic». Sonaba muy diferente del elegante y rotundo tañido del sable del coronel. Y cuando tuve el cuchillo en mis manos, miré el ojo inexpresivo del águila... Examiné todas las cruces talladas en la plata de la empuñadura... Le di media vuelta, fascinado con la insignia del águila con las alas extendidas, rodeada de hojas de laurel... Y me fijé en la esvástica que coronaba todo el conjunto.

Mi abuelo me dijo que había «liberado» el cuchillo en 1944 o 1945 en los Países Bajos, siendo capitán en la fuerza expedicionaria canadiense. Mi padre, acaso queriendo protegerme, me contó una historia muy distinta: según él, el abuelo se había encontrado el cuchillo tirado «en el barro, en alguna parte». A esa edad, para mí la palabra «liberar» era necesariamente positiva. Ni por un instante se me ocurrió que pudiera ser un eufemismo para «capturar» o «matar» a un soldado enemigo.

Muchos años más tarde —cuando ya había terminado mis estudios y tras haber vivido en muchos lugares, con mis posesiones repartidas entre el almacén de la universidad, la casa de mis padres y diversos casilleros en Cambridge, Nueva York, Nottingham, Vancouver y Edmonton—, terminé estableciéndome en la capital de los que fueran los enemigos de mi abuelo. Llevo ya más de una década viviendo en Berlín, entre los derrotados de la segunda guerra mundial.

Mi abuelo murió en 2005. Nunca le presté mucha atención a su testamento, salvo por un par de detalles: me dejaba el sable de mi tatarabuelo y el cuchillo nazi. El sable quedaba fuera de lo permitido por las restricciones de equipaje habituales, y todavía se encuentra en el sótano de mis

padres (me pregunto si algún día tendré que transportarlo escondido entre palos de golf), pero el cuchillo nazi desapareció sin dejar rastro. Llegado el momento, nadie sabía qué había pasado con él. «Gracias a Dios —me dijo mi tía—. Era tan horrible... Ese tipo de cosas deberían desaparecer sin más.»

Hace unos años, sin embargo, mi familia me envió buena parte de mis libros a Berlín. Rodeado de cajas en mi nuevo piso, había comenzado a revisar las pilas de títulos de historia cuando, de pronto, en el fondo de una caja, encontré un objeto largo envuelto en tela. Lo desenvolví y descubrí con horror que, de algún modo, el cuchillo nazi de mi abuelo había conseguido pasar a través de la aduana alemana y volver a su patria.

Como es sabido, los símbolos nazis están prohibidos en Alemania, así que tuve mucha suerte de que el cuchillo no hubiera sido descubierto durante el registro aduanero. Según declaraba el remitente, aquella caja estaba llena de libros y documentos, y, al imaginármela pasando por el detector de metales de la aduana del mismo país del que había surgido, apenas pude contener un escalofrío. Me sentía indefenso y expuesto al sostener en la mano ese objeto perteneciente a un régimen malvado; un régimen que había acabado con la vida de muchos de sus ciudadanos. De hecho, si he de ser sincero, debo decir que prácticamente me desmoroné: no sabía qué hacer con él, si entregarlo a un museo o llamar a la policía, esconderlo en las entrañas del piso (debajo del entarimado, por ejemplo) o bien tratar de destruirlo de alguna forma. Porque aquel cuchillo, que en Canadá era sencillamente un objeto aterrador, poseía un conjunto de significados muy distinto en el país en el que había sido producido y utilizado.

No podía arriesgarme a enviar el cuchillo de regreso a Canadá por mensajería, pero al mismo tiempo me preguntaba si era correcto que se quedara en Alemania, un país perseguido por su pasado, donde prácticamente cualquier objeto adornado con una esvástica causaba pánico y rechazo. Recuerdo el escándalo que provocó que el Museo de

16 Historia Alemana decidiera exponer en su colección objetos cotidianos relacionados con el régimen nacionalsocialista, como una casa de muñecas nazi o muñecos de la SS adornados con esvásticas diminutas. Se temía que, en lugar de los historiadores que habían investigado de forma cuidadosa la historia de cada uno de esos objetos, fueran los visitantes —incluidos, en el peor de los casos, neonazis en peregrinación— quienes contarán su propia versión acerca de ellos. Si entregaba el cuchillo a un museo, era más probable que terminara guardado en un almacén del sótano que siendo utilizado como herramienta para estudiar la barbarie de los verdugos del régimen.

Con el cuchillo en las manos, me sentí entre la espada y la pared. ¿Me vería reducido a sacarlo de vez en cuando en las cenas para horrorizar a mis invitados alemanes? ¿O era posible que aquel siniestro objeto me hubiera seguido hasta Alemania con un propósito? ¿Me lo había legado mi abuelo para que pudiera encontrar el camino de regreso al continente en el que él había peleado? Tonterías, me dije: un buen historiador no debe dejarse llevar por semejantes supersticiones, y de hecho aquel cuchillo no solo me proporcionaba una oportunidad para contar su historia y justificar su presencia, sino que, de alguna forma, me obligaba a hacerlo.

Y en el proceso, quizá también yo, en cuanto descendiente de las potencias victoriosas, aprendería algo. En Berlín, el relato de la segunda guerra mundial se cuenta de un modo diferente de como lo hacemos en Canadá o en el Reino Unido, donde con frecuencia tendemos a ver con un patriotismo acrítico la pérdida de tantos y tantos soldados que eran demasiado jóvenes para morir. En ausencia del hombre que fue su último propietario, aquel horrible objeto tal vez me contaría una historia oscura acerca de un ser querido al que yo solo había conocido como una persona buena y amable.

El principal obstáculo era que carecía casi por completo de contexto para entender aquel cuchillo que había heredado. No sabía por qué se fabricó, a quién pertenecía, quién

lo utilizó y contra quién. Todo lo que sabía era que se trataba de un cuchillo «alemán» y que, a mis ojos, encarnaba la maldad del régimen nazi, aunque solo fuera vagamente. Aquel objeto tenía que ser una llave, pero ¿qué puertas iba a abrirme?

En sí mismo, el cuchillo contenía algunas pistas: las cruces que una mano había grabado en la plata, ¿un recuento de bajas, tal vez? Letras y números grabados: la inscripción «S. Sch. II. 421», tachada y reemplazada por «47»; el «W80» estampado en el delgado borde de la parte superior de la hoja; las iniciales «ACS», que adornaban la imagen de una balanza, y, en el anverso, el nombre de la persona que había diseñado la hoja, «Alexander Coppel», y el de la ciudad en la que tenía su fábrica, «Solingen». Asimismo, estaba el modelo del cuchillo, que, según imaginé en ese momento, debía de ser uno de muchos.

Además de esas pistas físicas en el cuchillo (pruebas arqueológicas), estaba la información que mi abuelo podría proporcionarme sobre la batalla en la que se lo arrebató a los nazis: era posible que encontrara detalles al respecto en su expediente militar, en el diario de guerra de su regimiento y en la grabación de veinte minutos que dejó con sus recuerdos.

Me imaginé desentrañando dos viajes, por un lado, el del cuchillo, por otro, el de un joven soldado, ambos avanzando de forma inexorable el uno hacia el otro, y empecé a anticipar lo fascinante que sería el trabajo detectivesco. La historia suele presentarse al gran público como un conjunto de conclusiones en el que no tienen cabida las hipótesis, los giros equivocados, las revisiones, los rodeos. El historiador muestra al lector la cara del tapiz, tejida con gran cuidado, no el reverso enredado, plagado de nudos y correcciones. El reverso del tapiz, sin embargo, suele ser lo más interesante.

Trazar el viaje del cuchillo implicaba visitar la empresa que lo fabricó en Solingen, comprender la historia de la iconografía que empleaba y explicar las marcas hechas en el objeto mismo. A partir de todo eso, confiaba en poder ave-

18 riguar cómo llegó hasta los Países Bajos. Por su parte, el viaje de mi abuelo hacia el cuchillo sería un relato bélico centrado en el país donde terminaría encontrándolo y donde supuestamente había sido utilizado por su dueño. Ambas historias, por supuesto, acabarían entrelazándose, y yo esperaba que ambos viajes se hablaran e iluminaran entre sí, como hebras de colores distintos que se funden en un único tejido.

Tenía letras, números, códigos, documentos... pero ¿sería material suficiente? ¿Era posible contar toda una historia con tan poco? Habían pasado setenta y cinco años desde que mi abuelo había «liberado» el cuchillo. ¿Quedaría alguien que pudiera hacer hablar al objeto y conseguir que contara su historia?

¿O podía el cuchillo contarla por sí mismo?

#### LOS FABRICANTES

La identidad del fabricante del cuchillo, Alexander Coppel, estaba grabada directamente en la hoja —según me parecía, con cierto orgullo—, al igual que la ciudad en la que tenía su sede la empresa, Solingen, y el emblema de la firma, una



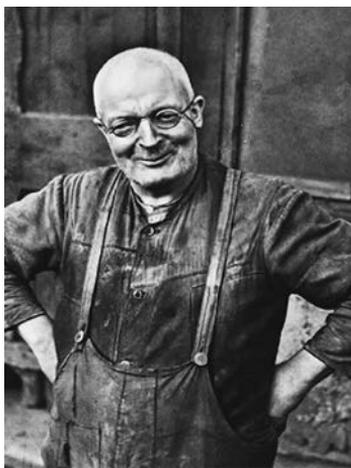
balanza equilibrada con las iniciales ACS. Además de la esvástica, aquella era la única insignia grabada en el cuchillo. Una rápida búsqueda en Internet me reveló que la empresa de Alexander Coppel todavía operaba en Solingen, que lo había estado haciendo desde 1821 e, incluso, que seguía usando el mismo emblema.

La perspectiva de viajar a Solingen me ponía un poco nervioso. ¿Qué iba a hacer allí? ¿Llevar el cuchillo, poner delante de esas personas la prueba de su complicidad con el régimen nazi y preguntarles si sabían dónde estaban sus abuelos durante la segunda guerra mundial? ¿Qué les diría? «Mirad, tengo este horrible objeto con el nombre de vuestra familia grabado en él...» Cabía suponer que la fábrica habría producido el cuchillo para los nazis en grandes cantidades, y señalar con el dedo a los perpetradores de ese hecho incuestionable resultaba bastante incómodo (hablar de las víctimas resultaba más fácil: con frecuencia ya no estaban).

La ciudad de las espadas, o *Klingenstadt*, como se apoda a Solingen, está a unas cuatro horas de Berlín vía Wuppertal. En un folleto turístico que descargué de Internet me enteré del eslogan *Solingen macht scharf*, el fallido juego de palabras que los alemanes podían esperar de los residentes de Renania, a los que la imaginación popular considera una población obsesionada con el sexo. *Macht scharf* significa «me pone», pero literalmente debe traducirse como «me afila». En cualquier caso, esa no era la sensación que me embargaba a bordo del Intercity Express, el tren de alta velocidad que iba a llevarme al corazón industrial del oeste de Alemania.

Solingen tenía un cierto aire wagneriano. Pero no porque los artesanos de esta pequeña ciudad (la población actual es de 160.000 habitantes) fueran maestros del canto, sino porque se habían especializado en la fabricación de espadas. En la Edad Media, sus menestrales forjaban espadas y cuchillos entre casas de entramado de madera, en medio de las colinas boscosas, los acebos y los arroyos de la Bergisches Land. El castillo y la herrería, que datan del siglo XII, se be-

20 neficiaron de la energía hidráulica y de las minas de carbón de las inmediaciones. Las espadas de Solingen, grabadas con la insignia y los nombres de los fabricantes, se hicieron famosas más o menos por la misma época en que adquirieron renombre las hojas producidas en Sheffield, Inglaterra. Hacia 1571, se creó un sello de calidad con la inscripción latina *Me fecit Solingen* («Solingen me hizo»). Algunas de las marcas comerciales más antiguas del mundo nacieron en Solingen, como el fabricante de cubertería Zwilling J. A. Henckels, que se registró en el gremio de cuchilleros de Solingen en 1731. Hasta mediados del siglo XIX, todo el trabajo se hacía a mano. Luego llegaron las máquinas de vapor y surgieron las fundiciones especializadas. Con la revolución industrial, la ciudad, que había formado parte del reino de Prusia, creció en prestigio y poder dentro de la Alemania unida. Para entonces, los talleres y las fábricas ya no solo fabricaban espadas, tenedores y cuchillos, sino también piezas de automóviles, bicicletas y la clase de herramientas que más tarde mi abuelo vendería desde un almacén en Canadá (como empresario de un negocio de distribución de suministros industriales). Para los nazis, Solingen era un escenario: un paradigma del trabajo manual y del prestigio industrial de los alemanes de bien, como se



aprecia en las fotografías de la clase trabajadora de Solingen (*página anterior*) realizadas para el Ministerio de Propaganda nazi en 1937.

Esa «fantasía wagneriana» —una localidad de casas de entramado de madera poblada por industriosos artesanos, la quintaesencia de la ciudad alemana— ya no existe. Solingen Hauptbahnhof, la estación principal, es una caja de color óxido desprovista por completo de encanto. El persuasivo folleto turístico me había hecho esperar una ciudad de techos de pizarra gris coronados por cúpulas y caminos sombreados que se adentraban en las colinas. No me detuve a pensar que Solingen se encuentra en las entrañas de la región metropolitana del Rin-Ruhr, un área muy industrializada de casi ocho mil kilómetros cuadrados y más de diez millones de habitantes. Así que la ciudad, que había sido arrasada por las bombas en la segunda guerra mundial, ya no tenía nada de bucólica o distinguida desde un punto de vista arquitectónico. Pasé por delante de una serie de comercios de las décadas de 1950 y 1960 —escaparates de conocidas marcas alemanas: Rossmann, Lidl, Aldi...— para llegar a mi destino, la sede de la fundición Coppel, situada al este del centro de la ciudad, en la esquina de las calles Werwolf y Malteser.



Allí me topé con un *Stolperstein*, un obstáculo en forma de adoquín de bronce. En la actualidad, en toda Europa hay más de 75.000 de estas placas conmemorativas de bronce empotradas en el suelo, que siempre están frente a la última residencia conocida de una víctima del Holocausto. Los transeúntes «tropiezan» (*stolpern*) con estos bloques del tamaño de un puño, que los sacan bruscamente de lo que sea que estén pensando para invitarlos a reflexionar sobre una persona que fue asesinada por los nazis. En este caso, la placa estaba dedicada al doctor Alexander Coppel, nacido en 1865 y deportado en 1942 al campo de concentración de Theresienstadt, donde murió el 5 de agosto del mismo año. Alexander Coppel, el hombre que fabricó aquel cuchillo que ahora me pertenecía, era judío y había sido víctima del régimen nazi.

La mayor parte de los judíos de Solingen, que habían llegado a la región procedentes de Europa central a principios del siglo XVIII, no estaban involucrados en la producción de cuchillos, sino en la industria textil. A fines del siglo XIX, de los ochocientos cuchilleros de la ciudad solo dieciséis eran judíos. Con todo, Alexander Coppel era uno de los mayores empresarios del sector y, asimismo, un destacado líder comunitario: filántropo y miembro activo de la



sinagoga local, en la época de la República de Weimar había sido concejal de la ciudad por el Partido Democrático Alemán, una formación progresista de izquierdas. Coppel financiaba este activismo social con las ganancias que le reportaba su fábrica de cuchillos. En 1936, sin embargo, la empresa fue «arianizada». Después de que la persecución desatada por los nazis se intensificara y, en particular, tras el incendio de la sinagoga de Solingen durante la *Kristallnacht*, la «noche de los cristales rotos» (el 9 de noviembre de 1938), la mayor parte de su familia huyó a Suiza. Un hermano se suicidó. Alexander Coppel decidió quedarse.

En julio de 1942, al enterarse del traslado de los judíos al campo de concentración de Theresienstadt, Coppel escribió en una carta a su sobrino nieto:

Nunca imaginé que, antes de morir, tendría que dejar el feliz hogar en el que vivieron mis padres desde que se casaron en 1856, y donde yo mismo nací. Este lugar es un santuario para mí [...]. He disfrutado de una vida rica y hermosa.

De hecho, muchos judíos de la época estaban aculturados, se consideraban alemanes y no podían sino ver con estupefacción que se los extirpara de semejante forma de la sociedad.

Según el testimonio de otro prisionero, un mes después de su llegada a Theresienstadt Coppel murió de hambre y agotamiento junto al pozo del campo de concentración al que había ido a asearse. El cadáver fue incinerado y las cenizas se echaron en una caja de cartón. Hoy, una calle y una escuela en Solingen llevan el nombre de Alexander Coppel.

El 23 de mayo de 1943, los Aliados arrojaron sobre la cercana Dortmund y la región circundante el doble de las bombas incendiarias que los alemanes habían lanzado sobre Gran Bretaña en los primeros seis meses de ese año. Fue un ejemplo temprano de la tormenta de fuego que dos meses después arrasaría ciudades alemanas como Hamburgo. Ladrillos derretidos a temperaturas que alcanzaban los mil gra-

24 dos, acero deformado... El primer gran bombardeo del «santuario» de Coppel tuvo lugar una semana después, el 30 de mayo, y en los siguientes meses la ciudad sufriría casi un centenar de bombardeos aéreos. El 12 de septiembre de 1944, casi dos mil personas perdieron la vida en Solingen debido a las incursiones de la aviación británica, lo que condujo a la decisión de evacuar a toda la población. La ciudad vieja fue arrasada por completo los días 4 y 5 de noviembre de 1944.

Después de la guerra, los miembros supervivientes de la familia Coppel fueron compensados por sus pérdidas (al menos en términos económicos). La fábrica de cuchillos pasó por una serie de nuevos propietarios y sufrió varias quiebras. En la actualidad, la empresa ya no produce hojas que puedan emplearse en seres humanos. En lugar de ello, se dedica por completo a la elaboración de artículos para animales: esquiladoras, rasuradoras, cortaúñas, tijeras...

Un cuchillo nazi hecho por un judío constituye una ironía espeluznante. Si la empresa de Alexander Coppel había producido el cuchillo de mi abuelo, resultaba trágico que hubiera forjado un águila militar para la empuñadura y puesto en ella una esvástica. Y si la responsable había sido la fábrica arianizada, resultaba espantoso que hubiera grabado en la hoja el nombre de un judío perseguido por los nazis. La ironía, sin embargo, no terminaba ahí: mientras que el cuchillo sobrevivió a la guerra, la ciudad en la que se fabricó ardió hasta quedar reducida a cenizas, y su fabricante murió a manos de los hombres que empuñaban las armas grabadas con su nombre.

## LA ICONOGRAFÍA

Durante años, mi abuelo tuvo pesadillas que despertaban a toda la casa. Al preguntarles por el cuchillo y lo que les había contado de la guerra, sus tres hijos mencionaron que los gritos de su padre los despertaban de forma recurrente.



Mi abuela no reconocía en él al joven soldado que le había propuesto matrimonio durante el conflicto. Era una mujer nerviosa y amable, y también un animal de costumbres: hacía que sus hijos decidieran por la noche qué tomarían de desayuno, y dejaba la mesa puesta antes de irse a la cama. Por la mañana, mientras desayunaban, no se decía una palabra acerca de los incidentes nocturnos. El veterano de guerra, en sintonía con su generación y la desconfianza que esta profesaba hacia la psiquiatría, trasladó a la vida civil su estoicismo de oficial. Los recuerdos de lo que había vivido en Francia y los Países Bajos durante la segunda guerra mundial resultaban difíciles de explicar entre los jardines bien cuidados y los chalés de una pequeña ciudad al norte de Alberta. Mi abuelo solía dar largos paseos con su Labrador retriever y se mantenía ocupado con su empresa de herramientas para escapar de la ratonera en que se había convertido su matrimonio.

Poco después de que el cuchillo llegara a mi apartamento de Berlín, yo también comencé a tener pesadillas. Traté de ser pragmático, como mi abuelo. Los sueños son un tamiz para los pensamientos diurnos; intentaba que mi mente se concentrara en la tarea de arreglar mi nuevo apartamento y en ponerlo todo en orden, pero el cuchillo se-

26 guía estando ahí y no tenía ninguna duda de que era él el que causaba mis pesadillas.

En esos sueños aparecían soldados ataviados con disfraces de animales; entidades feroces que salían sigilosamente de detrás de un árbol para esconderse detrás de otro, y que llevaban metralletas en bandolera. El hecho de que tuvieran caras de animales, pero cuerpos y armas humanos, hacía todavía más aterradora su cacería a través del bosque sumido en las tinieblas. El rostro inexpresivo de un tigre, el hocico silencioso de un lobo, los ojos hundidos de un león... En ellos no había miedo o vacilación, solo indiferencia.

Me desperté nervioso, me preparé una taza de té y me senté en uno de los sillones de la sala de estar, rodeado por esa particular atmósfera que adquieren las habitaciones cuando la ciudad duerme. Había escondido el cuchillo detrás de una fila de libros, y lo examiné bajo el reflejo de la débil luz que se colaba por las ventanas opacas. En el vulnerable estado en que me encontraba, logré identificar con rapidez el rasgo que lo hacía tan malévolo: la cabeza del águila. El cuchillo era medio animal.

Los antiguos entendían muy bien el poder que albergaban las armas zoomorfas. Estaban convencidos de que transformaban a quienes las portaban y les conferían cuali-



dades animales. Un ejemplo clásico es un bronce ateniense del siglo VI a. C., obra de Antenor. Su grupo escultórico *Harmodio y Aristogitón* representa a los dos tiranicidas, o rebeldes, en el momento en que se disponen a asesinar al dictador Hiparco de Atenas, en el año 514 a. C. Cuatro años más tarde, cuando se instauró la democracia en la ciudad-estado, el heroísmo de los dos jóvenes fue objeto de celebración y se produjeron en masa imágenes para conmemorarlos; su recuerdo se conserva en monedas y en las numerosas copias de la estatua repartidas por todo el mundo mediterráneo. Cuando vi el conjunto escultórico de los dos guerreros en el Museo Arqueológico de Nápoles, la sorpresa me hizo retroceder un par de pasos.

Los dos hombres se encuentran congelados en medio de la acción, como si se tratara de una película en pausa, ambos blandiendo armas en cada mano. Harmodio amenaza con un cuchillo que levanta por encima de la cabeza, mientras que su amante, Aristogitón, ya está arremetiendo. El segundo cuchillo de este último (hoy desprovisto de hoja) se halla detrás de su espalda, listo para atacar.

Llama la atención la empuñadura en forma de cabeza de águila de ese segundo cuchillo: un pico similar, una corona redondeada, el mismo ojo que el del arma de mi abuelo...



28 El diseño de un cuchillo había inspirado el del otro; no cabía duda de que la Antigüedad había proporcionado el modelo.

Posteriormente, los romanos fabricaron dagas o espadas cortas, conocidas como parazonios, que adornaban con empuñaduras de cabeza de águila para, según se esperaba, infundir valor a sus portadores. En una escultura en pórfido del siglo IV, instalada hoy en la fachada de la basílica de San Marcos, en Venecia, cuatro emperadores romanos, los tetrarcas, se abrazan, con las manos libres sobre las *spathae* (espadas largas) con empuñadura de cabeza de águila, que simbolizan su poder.



Resulta fácil explicar por qué el Tercer Reich y otros regímenes militares diseñaron su armamento a partir de modelos clásicos. Siendo unos advenedizos, a los nazis les preocupaba la cuestión de la legitimidad. Hitler empleó con avidez motivos de la Antigüedad (imitando la simplificada arquitectura neoclásica de Mussolini y su uso de los fasces romanos) para reafirmar su idea de que el Tercer Reich descendía del imperio romano y estaba destinado a la grandeza (si bien el régimen no duró siquiera trece años en lugar de los mil que el dictador prometía). Lo que los

antiguos proporcionaron a los nazis fue un *ethos*, una combinación de autoridad y credibilidad. Necesitaban, como diría un retórico clásico, proyectar un aura de poder.

Pero ¿cuál es el *ethos* del águila? Los griegos y los romanos «zoomorfizaron» el valor de sus héroes. Para los cristianos, el águila —el animal que podía mirar directamente al sol— era el símbolo de san Juan Evangelista. Los románticos celebraron la nobleza indiferente de la bestia. El águila de Tennyson «observa desde los riscos de la montaña y cae como un rayo». Según Nietzsche, las aves rapaces son consideradas malas por las criaturas serviles porque se llevan a los dulces corderitos; pero las propias águilas (imaginaba el filósofo alemán) tienen una opinión diferente y ven «con cierta ironía» la moral del rebaño: «No nos disgustan en absoluto estos buenos corderitos. ¡De hecho, nos encantan! ¡Nada es más sabroso que un cordero tierno!». El águila se eleva por encima de nuestras preocupaciones morales y luego se abalanza y mata: el modelo ideal para un soldado eficaz.

Fuerza, coraje, implacabilidad, indiferencia, nobleza: todas esas cualidades otorgaban al águila una resonancia particular en Alemania, donde su uso iconográfico tiene una larga historia, muy anterior al surgimiento del nazismo. En Europa central, el águila heráldica tiene con claridad un origen militar: el águila se consolidó como estandarte de las legiones del imperio romano en el siglo II a. C. El estandarte pasó al Sacro Imperio Romano Germánico y adornó el cetro de Otón III en el siglo X. A partir del siglo XIII, la utilización del águila como emblema del imperio se generaliza (tanto en su versión monocéfala como bicéfala). Cuando Alemania se unificó en 1871, la *Reichsadler* (el águila imperial) se convirtió en el escudo de armas del Estado alemán y siguió siéndolo durante la República de Weimar. Los nazis adoptaron el símbolo romano como emblema tanto del Partido Nacionalsocialista como del Estado: la *Parteiadler*, o «águila del Partido», mira por encima del hombro izquierdo, mientras que la *Reichsadler* lo hace por encima del derecho (como en el cuchillo de mi abuelo). Neutralizada como *Bundesadler* («águila federal»), la bestia cuyos

30 orígenes se remontan a los ejércitos romanos que en otro tiempo recorrían con paso firme la Europa de aquellos tiempos se estampa hoy en las monedas de euro y se alza sobre el hemiciclo del Bundestag.

Un águila puede evocar una multitud de imágenes y asociaciones, pero, habiendo sido producido en Alemania, el animal del cuchillo de mi abuelo remitía en particular a esta herencia impregnada de heráldica militar e imaginería clásica. Los historiadores discuten teleológicamente acerca del *Sonderweg*, el «camino especial» de la historia alemana, para sostener que las atrocidades del período nazi poseen una larga prehistoria que sirve para explicarlas. Mientras que otros países europeos tuvieron revoluciones liberales, Alemania siguió un rígido camino militar y autoritario. En esta forma determinista de contar la historia a grandes rasgos, Alemania habría seguido el modelo romano durante siglos, y el águila no sería un mero símbolo, sino que representaría la continuidad de la guerra.

En tiempos de paz, ser civilizado significa no actuar como los animales. En tiempos de guerra, esa lógica se invierte: se alienta a los jóvenes a adentrarse en territorios oscuros, a desarrollar no solo alas, sino también garras, y se los recompensa por ello.

El águila era un símbolo potente y aterrador cuya historia militar encajaba a la perfección con las teorías raciales nazis. El asesino indiferente separaría, para usar la frase de Primo Levi, a «los hundidos y los salvados». Me pareció tentador suponer que el cuchillo había pertenecido a un oficial de la SS y que había sido usado con víctimas judías. Pero lo cierto era que aún desconocía el trabajo encomendado a su dueño y si este requería matar con indiferencia y de forma despiadada. Todavía no lograba imaginar el rostro borroso de quien llevaba ese cuchillo ajustado al cinturón, un personaje que —en un instante— se transformó en un animal, concentrado desde la distancia en la presa, arañando el precipicio con manos retorcidas.

Quizá mi abuelo podría decirme en cuál de los lugares por los que pasó durante la guerra se había topado con él.

El cuchillo viajó hacia mi abuelo y mi abuelo viajó hacia el cuchillo. Me senté ante el escritorio de mi apartamento de Berlín y me dispuse a trabajar con las distintas fuentes que había conseguido reunir para reconstruir el viaje de mi abuelo. En el correo de la mañana, había llegado un sobre con el emblema de Canadá (la hoja de arce) en una esquina; contenía el diario de guerra del regimiento del que formaba parte y también su expediente militar. El diario era el registro oficial de los Calgary Highlanders redactado por el cronista de la compañía, que se veía forzado a escribir sobre las tragedias de la confrontación en un lenguaje patriótico y animado. El expediente militar era una ordenada abstracción del reclutamiento, la salud, el historial disciplinario y el despliegue del soldado que había sido mi abuelo. La información había sido compilada por las autoridades militares, que habían censurado casi dos terceras partes del contenido incluido en esos documentos apelando a razones de privacidad. Además, contaba con una cinta de casete grabada por mi abuelo, con varias cartas familiares, algunas fotografías y algunos testimonios y recortes de periódico. A partir de todo ello, esperaba poder establecer con exactitud dónde había estado mi abuelo y construir un catálogo de contactos directos con los alemanes (en especial, de aquellos en los que se había capturado a prisioneros de guerra y confiscado sus pertenencias), con el fin de reducir los posibles lugares en los que pudo producirse el hallazgo del cuchillo. Confiaba en la explicación de mi abuelo según la cual lo había «liberado» de un nazi en los Países Bajos, no en la versión de mi padre de que lo había encontrado por casualidad tirado en el barro en alguna parte.

La historia del capitán Hugh John Sanders, «Sandy» Pearson, nacido el 9 de septiembre de 1921, era la de su regimiento. Los Calgary Highlanders, parte de la 5.<sup>a</sup> Brigada de Infantería y de la 2.<sup>a</sup> División de Infantería canadiense, era un regimiento formado por soldados voluntarios de las provincias occidentales de Canadá. En el momento de su



reclutamiento, los Highlanders todavía vestían faldas escocesas de la primera guerra mundial. No tenían uniformes de batalla, ni sombreros a juego, ni distintivos que colgarse del cuello. Para identificarse, llevaban brazaletes amarillos con las palabras «Calgary Highlanders». No estaban en absoluto listos para el combate.

Mi abuelo viajó en tren a las provincias marítimas, y el 27 de octubre de 1942 se embarcó de Nueva Escocia a Escocia. Según los estándares de adiestramiento del ejército británico, se consideró que el regimiento estaba por debajo de la media. Los Calgary Highlanders esperaron dos años en Gran Bretaña antes de desembarcar en Normandía el 6 de julio de 1944, para luego avanzar en dirección noreste siguiendo la costa y dirigirse hacia Bélgica y los Países Bajos. Mi abuelo hablaba con frecuencia de la ciudad de Groninga, en el extremo norte de Holanda, en gran parte porque allí había sido ascendido y recibido el mando de la sección «B» como mayor interino, pero también por la intensidad y proximidad de la lucha.

Esperaba que la historia de mi abuelo durante la guerra estuviera resumida en su expediente militar, pero este in-

cluía pocos detalles personales y muchísimas siglas y abreviaturas (TOS, MFM2 & 2A, CIRU, SOS a «B» Bn, AEF...), lo que tenía un efecto distanciador: reducía al individuo a un listado de pormenores, como si fuera una simple arma en un inventario. Yo buscaba «poesía» en aquel expediente —un destello de la persona que había sido mi abuelo, un detalle revelador—, pero allí había muy poca información que valiera la pena. Encontré humanidad en su fotografía. «¡Era guapo!», pensé, con la incredulidad del nieto que comprueba que sus antepasados fueron alguna vez más jóvenes de lo que él lo es ahora. Ahí estaba mi abuelo con veintidós años: la cabeza levemente ovalada, la frente alta, las orejas pequeñas y redondeadas, las cejas pobladas y los labios gruesos. Miraba al frente, pero sus ojos no me decían absolutamente nada, salvo, quizá, que eran obedientes. Sin embargo, yo ya estaba enterado de su lealtad al imperio. En su informe de alistamiento, ciertas palabras llaman la atención: su complexión se describe como «lozana» (lozana para la batalla, se entiende). Se le evaluó como «inmaduro», pero se consideró que podía ser «un buen oficial». Sabía marchar. Más tarde, recibiría menciones elogiosas en los partes de guerra.



Con todo, el expediente militar me proporcionó un documento que necesitaba: su formulario de servicio y bajas, en el que se incluían las fechas en que había estado de servicio, de permiso o herido. Dado que el diario de guerra me permitía conocer la ubicación del regimiento, correlacionando los datos de ambos documentos pude saber dónde había estado mi abuelo día a día. Lo que esperaba, una vez más, era hallar una fecha en la que mi abuelo estuviera sirviendo en el frente y en la que el batallón alemán que llevaba el cuchillo



ciente de que la muerte se acercaba, decidiera que quería contar su historia: una historia franca, sin adornos.

Mi abuelo se sentó solo en una habitación y se grabó a sí mismo. Al empezar a oír la cinta, supe de algún modo en qué habitación lo había hecho: el estudio de su casa en Edmonton, con la ventana que daba al prado que desciende hasta la calle. No podía oír a los perros, que sin duda estaban encerrados en el patio trasero, listos para saltar contra la puerta cada vez que alguien llegaba o salía de casa. Aquel estudio, con sus sofás de cretona, el teléfono de disco en la repisa, las estanterías con las obras de Kipling encuadernadas en cuero, los paisajes al óleo de las montañas Rocosas y las acuarelas temblorosas que él mismo había pintado, era un espacio apretado en el que a veces tomábamos una copa antes de la comida o donde los hombres se reunían para beber whisky después de una cena elegante. Mi abuelo y mi abuela solían sentarse allí para comer delante de la tele en mesas auxiliares, sin hablar mucho entre ellos.

Solo, grabándose a sí mismo, mi abuelo contó lo que no habría sido capaz de contar si alguien más hubiera estado presente, y eso a pesar de que estaba grabando esa cinta precisamente para que la oyeran otras personas.

Presionó el botón de grabación y, acto seguido, dijo que había «aprendido acerca de la vida junto a otros hombres y liderando a otros hombres» y que sentía:

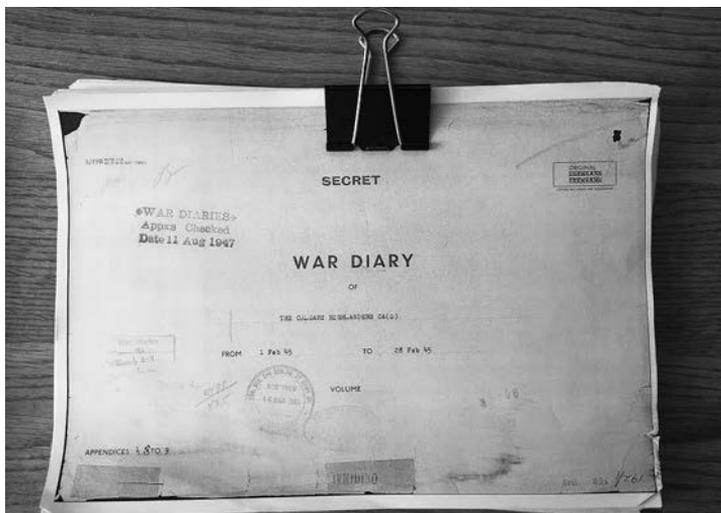
admiración por los soldados rasos que tenían que lidiar con situaciones horribles, a diferencia de los oficiales. Para un oficial, era mucho más fácil ser valiente, porque todos esperan que seas valiente y lideres. Para un soldado raso, era mucho más difícil.

En las listas de fallecidos en la guerra, figuran 430 miembros de los Calgary Highlanders, más de la mitad del regimiento completo. La mayoría de esos muertos eran soldados rasos, y la mayoría de los soldados rasos tenían nombres no anglosajones. En cambio, todos y cada uno de los oficiales tenían nombres británicos: MacKenzie, Wilkes, McQueen,

36 Robinson... Cuando te topabas con un nombre francés, italiano o eslavo —por ejemplo, Bissonnette, Campagnolo o Gorgichuk—, casi siempre correspondía a un hombre con el rango más bajo posible y se encontraba entre los muertos.

La voz de mi abuelo continuó brindándome un relato de sus movimientos a lo largo de la confrontación y algunos recuerdos clave, que más tarde podía comparar con la información del diario de guerra (una pila de papel intimidatoria) y luego cotejar con las fechas del formulario de servicio, permisos y bajas.

Cada vez que hablaba de un compañero que había muerto, la grabación se interrumpía de repente y luego continuaba. ¿Estaba mi abuelo conteniendo las lágrimas en esos momentos? Yo lo imagino sentado, guardando silencio. La familia cuenta que, a medida que fue haciéndose mayor, se volvió una persona más emotiva, y que los recuerdos brotaban con facilidad a la superficie. Al final de la cinta, alguien lo interrumpe. Supe de inmediato (por el hecho de que entrara sin avisar en aquella habitación y por el murmullo tímido que la acompañaba) que era mi abuela. «¿Qué estás haciendo?», pregunta ella. Y él detiene la grabación.





Pasé las siguientes semanas leyendo el diario de guerra del regimiento. Siguiendo a los Calgary Highlanders desde el desembarco de Normandía el 6 de julio de 1944 (las bajas del regimiento en la región fueron del 50%), averigüé que mi abuelo había recibido disparos en ambos muslos y que el 30 de julio había sido evacuado a un hospital en Uxbridge, Inglaterra, donde al cabo de dos semanas de convalecencia se le permitió visitar a unos familiares que tenía en Dorset antes de volver al continente, el 10 de septiembre. Con todo, mi atención se concentraba sobre todo en las entradas que hablaban del país en que mi abuelo había obtenido el cuchillo. Los Highlanders cruzaron la frontera de los Países Bajos el 7 de octubre de 1944. Mientras se acercaban al estuario del Escalda, un campo de batalla clave contra la 70.<sup>a</sup> División de Infantería, parte del 89.<sup>o</sup> Cuerpo del ejército alemán, se me planteó una línea de investigación inusual (os ruego que tengáis paciencia con mi afán investigador), que resultó no ser tan disparatada como en algún momento llegué a pensar. «¿Es posible que el cuchillo perteneciera a uno de nuestros parientes alemanes?», me preguntó mi tía Kit, autora de novelas infantiles. La idea me pareció de entrada rocambolesca, pero pese a ello tiré del hilo encantado.